Fray Martín, sacristán de un convento franciscano, de Italia, cumplía con sus funciones a la perfección. Se esmeraba por dejar blanquísimos y bien almidonados los manteles del altar. No se veía nunca restos de cera o polvo en el presbiterio, y los cálices y copones siempre estaban relucientes.

“La limpieza es el lujo del pobre”, se decía a sí mismo, mientras trabajaba con redoblado empeño, al tratarse del culto al Señor. En la vida de voluntaria pobreza, abrazada por amor a Él, quería servirle de la manera más excelente posible, pues además del sentido del deber brillaba en el alma de fray Martín una profunda devoción a Jesús Eucaristía.

Cuando este sacristán terminaba sus quehaceres, se dirigía invariablemente ante el sagrario y allí permanecía rezando, en íntimos coloquios con el Señor. Como todos los jueves había en el convento adoración solemne al Santísimo Sacramento, siempre conseguía organizar el servicio con el fin de pasar un largo rato arrodillado a los pies de la Custodia.

Se acercaba por aquellos días la fiesta del patrón del convento. Fray Martín era el encargado de decorar la iglesia y de preparar los vasos sagrados y demás elementos litúrgicos para la Misa solemne. Siempre activo y dedicado, había conseguido flores para adornar el altar, cosa nada fácil para aquella época del año.

La noche anterior lo había dejado todo listo para la celebración. Quería tener en ese día el menor número posible de ocupaciones, pues así podría asistir a la Santa Misa con más recogimiento y recibir con más fervor a Jesús en su alma. Pero cuál no fue su sorpresa cuando el padre prior le asignó la función de limosnero aquella misma jornada festiva. Había que conseguir sin tardanza un refuerzo de víveres, pues la casa estaba repleta: además de los frailes llegados de otros conventos, estaba un grupo de peregrinos pobres. Y la despensa estaba casi vacía… Corrían el riesgo de servirles a los visitantes un frugal almuerzo y despedirles sin cenar.

Como buen religioso, fray Martín obedeció con prontitud y alegría. Tan sólo le pedía a Jesús Sacramentado la gracia de regresar temprano para poder asistir a la Misa vespertina y recibirlo en su corazón.

Iba acompañado por fray Salomón. Llamaron de puerta en puerta durante varias horas, pero parecía que las almas caritativas habían desaparecido de la región. Únicamente consiguieron algunos panes duros, ni siquiera las legumbres necesarias para hacer una humilde sopa…

La tarde estaba cayendo y entraron en una capillita cerca de donde estaban. Le pidieron con mucha confianza a la Virgen María que les ayudase a obtener no sólo los alimentos indispensables para la comunidad, sino también poder volver a tiempo para oír Misa y recibir el Cuerpo de Cristo.

Poco después de haber retomado su tarea, se encontraron con un campesino que conducía un pequeño carromato. Tras saludarles respetuosamente y pedirles la bendición les preguntó:

— Mis buenos frailes, parecen preocupados… ¿Necesitan ayuda?

Fray Martín le explicó la dificultad por la que estaban pasando. Enseguida el campesino les dio la solución:

— Fíjense lo buena que es la Santísima Virgen al hacerme pasar por este desvío, precisamente ahora.

Aquí tienen un saco de patatas, zanahorias, rábanos y tomates. Y en este otro hay un par de jamones bien grandes. Ahora entiendo por qué no conseguí venderlo todo en el mercado… Nuestra Señora ha decidido reservar todo esto para el convento. Pues nada; se lo pueden llevar todo, que lo doy con mucho gusto.

Los dos religiosos le agradecieron al campesino de todo corazón su generosidad y le prometieron oraciones por él y su familia; y emprendieron contentos el camino de vuelta. Con todo, la distancia hasta el convento era larga y llegaron casi al final de la tarde. Entregaron las provisiones al hermano cocinero, se limpiaron el polvo y apresuradamente se fueron hacia la iglesia, donde aún resonaban las melodías eucarísticas.

Sin embargo, la Misa había terminado…

No tuvieron ni siquiera el consuelo de recibir la Comunión. Si la Virgen María había atendido tan generosamente el primer pedido, ¿por qué no quiso hacer lo mismo con el segundo?

Consternados, se pusieron de rodillas ante el sagrario y le hicieron a Jesús un amoroso lamento:

— Señor, ¿por qué nos has abandonado? ¡Cómo queríamos haber participado en esta Misa! No obstante, por amor a la obediencia, hemos sido privados de recibirte en la Eucaristía.

Poco a poco, la iglesia se iba vaciando, pero los dos religiosos allí permanecían aún en oración. De pronto, vieron que surgía en el presbiterio un varón alto, lleno de nobleza y con una fisonomía reluciente.

— La Reina del Cielo ha oído complacida vuestras súplicas, les dijo, y me ha enviado para atenderlas.

Arrodillaos en el comulgatorio y preparad vuestros corazones para recibir dignamente a su divino Hijo.

El Ángel de luz abrió el tabernáculo, cogió el copón y les administró la Sagrada Comunión. Después

hizo un breve acto de Adoración al Santísimo Sacramento, lo repuso en su lugar y desapareció.

Lágrimas de consolación corrían por las mejillas de los frailes Martín y Salomón. Después de una larga acción de gracias, la más bendecida de sus vidas, fueron a contarle al padre prior lo ocurrido. Éste mandó que tocaran la campana para reunir a los demás religiosos y dirigirse todos a la capilla del Santísimo, para dar gracias a Dios por tan insigne gracia. Y allí vieron —¡Oh maravilla!— que el Ángel había dejado una marca de su paso: en bellísimas letras doradas, las iniciales de Jesús y de María.